

Antonio Azorín en "La voluntad", un personaje desde el silencio

POR

FRANCISCO J. FLORES ARROYUELO

Profesor de la Universidad de Murcia

José Martínez Ruiz, cuando nos presenta al héroe de su novela «La voluntad», nos lo muestra sentado, escuchando al maestro Yuste que habla resueltamente y sin tregua de las miserias humanas mientras pasea a menudos pasos por la habitación, en un silencioso anochecer de invierno. Y cuando unas líneas adelante perfila su carácter, nos dice que es un mozo ensimismado, taciturno y que habla poco.

Esta última puntualización que señala el escritor, —«que habla poco»—, como vamos a ver, es algo tan palpable y característico del personaje, que llega a revestirlo, a lo largo de la novela de un verdadero sentido negativo, igualándolo, en muchos pasajes, como mero espectador, al papel del lector. Antonio Azorín asiste a los interminables soliloquios de las personas que cruzan por su vida, desde el silencio.

En el primero de los capítulos en que vemos juntos al maestro Yuste y a Antonio Azorín, éste, interrumpiendo, y por una sola vez, aventura una observación, gimiendo con voz opaca, y tras cambiar de postura, dice: «Todo pasa. Y al mismo tiempo, que lo hace pasar todo, acabará también. El tiempo no puede ser eterno. La eternidad, presente siempre, sin pasado, sin futuro, no puede ser sucesiva. Si lo fuera y por siempre el momento sucediera al momento, diríase el caso paradójico de que la eternidad se aumentaba a cada instante transcurrido» (1).

(1) AZORÍN, *La voluntad*, Tomo I de «Obras Completas». Madrid, pág. 815.

Posiblemente es ésta la única ocasión a lo largo de la novela en que vemos que Antonio Azorín se atreve a exponer su pensamiento a su interlocutor, pero que nos sirve sobradamente para comprender que estamos ante una mente especulativa que busca una explicación de todo, sin mica caer, continuamente, en abstracciones. Lo que sucede después muestra claramente la subordinación a que le ha llevado su timidez: su cadena de pensamientos y palabras queda aislada en medio del torrente de ideas, observaciones, y de humoradas que destila la verbosidad del maestro Yuste. Y sentimos una vaga sensación de sufrimiento por el continuo esfuerzo que hace su mente, obligada a caminar a un paso muy distinto, terriblemente lento, manifestando solamente, muy de cuando en cuando, y siempre con timidez, una observación, o, a lo más, ofreciendo un punto de apoyo para que se siga hablando.

Antonio Azorín es un personaje que se nos muestra siempre escuchando, o contemplando lo que le rodea, o meditando sin reposo sobre una miscelánea de pensamientos y emociones que le asaltan sin cesar. Por otro lado hemos de tener en cuenta la aptitud reflexiva de Antonio Azorín sobre sí mismo, que le impulsa a desdoblarse su conciencia hasta convertirse en espectador de sí mismo, lo que unido a su ánimo enfermizo, hace que se sienta constantemente como un animal acorralado, considerándose vencido, incapaz de salvar los más pequeños obstáculos que le acosan y obstruyen su camino; cayendo en un pesimismo vital; sintiéndose imposibilitado para la acción; sintiéndose vulnerable.

Martínez Ruiz maneja con marcada intención artística esta característica de su personaje. Lo más que le permite es una réplica, una observación. Manteniéndolo siempre en un segundo plano.

«La voluntad» es un libro de descripciones y de monólogos. Se nos describen las leves acciones de unos hombres en una ciudad terriblemente cerrada y se nos ofrecen los monólogos de sus hombres incapaces no sólo de hacer cosas, si no tan siquiera de escuchar lo que se habla a su alrededor. Y en esta situación, en este mundo, el escritor sitúa a su personaje, escuchando y tratando de salvarse de lo que le rodea por su propias fuerzas.

En una ocasión, hablando con el maestro Yuste, mientras fuera llueve con persistencia, Azorín propone un tema de conversación que es muy significativo para el fin que perseguimos. Dice: «Observo, maestro, que en la novela contemporánea hay algo más falso que las descripciones, y son los diálogos. El diálogo es artificioso, convencional, *literario*, excesivamente *literario*» (2).

(2) AZORÍN, *La voluntad*, pág. 863.

Es curioso y digno de atención lo que el escritor dice aquí sobre el recurso literario del diálogo en la novela, desde «La Gitanilla» hasta las de Galdós. Para Martínez Ruiz, por boca del maestro Yuste, en las obras literarias se habla con elocuencia insoportable, con corrección y elegancia bien distinta a como se hace en la vida: «se habla con incoherencias, con pausas, con párrafos breves, incorrectos..., naturales... Dista mucho, dista mucho de haber llegado a su perfección la novela» (3).

Martínez Ruiz lleva expreso cuidado en este punto con lo que dicen sus personajes: no tiene miedo que sean reiterativos, y a veces monótonos. En «La voluntad», novela en que se plasma una tremenda realidad, los personajes hablan como se habla en la vida, por más que con una cuidada naturalidad dentro del artificio de toda obra de creación.

Repasemos ahora al personaje Antonio Azorín en sus relaciones con los demás personajes que pueblan el libro.

Con el maestro Yuste, como hemos apuntado, lo más que se permite es alguna observación, que como tal queda reflejada, y en muy pocas ocasiones. Solamente, por una vez, Antonio Azorín habla impulsado por su conciencia y lo hace de una forma nerviosa, iracunda, trémulo de indignación. Es la explosión del hombre que se alza contra lo que le oprime en lo más íntimo. Es un grito desesperado. El maestro Yuste lee una carta que León Tolstói ha escrito a los redactores de la «Revista Blanca» para su almanaque anual. La intención de la carta se puede resumir por algunas frases de la misma, «No es el camino de la violencia el que nos conducirá a la paz deseada: es la misma paz, o mejor, la rebeldía pasiva» (4). Azorín, puesto en pie, exclama: «¡No, no! ¡Eso es indigno, eso es bochornoso!... ¡El reinado de la Justicia!... ¡El reinado de la Justicia no puede venir por una inercia y una pasividad suicidas! Contemplar inertes cómo las iniquidades se cometen, es una inmoralidad enorme. ¿Por qué hemos de sufrir resignados que la violencia se cometa, y no hemos de destruirla con otra violencia que impedirá que la iniquidad siga conteniéndose?... Si yo veo a un bandido que se dirige a usted con un puñal para asesinarle, ¿he de contemplar indiferente cómo se realiza el asesinato? Entre la muerte del bandido y la de usted, ¿quién duda que la muerte del bandido ha de ser la preferida?... —para terminar gritando— ¡la rebeldía pasiva! Eso es un absurdo: habría que ser como la piedra, y aún la piedra cambia, se agrega, se disgrega, evoluciona, vive, lucha... ¡La rebeldía pasiva! ¡Eso es un ensueño de faquires! ¡Eso es indigno! Eso es monstruoso!... ¡Y yo protesto!» (5). Cadeneta de expre-

(3) AZORÍN, *La voluntad*, pág. 863.

(4) AZORÍN, *La voluntad*, pág. 851.

(5) AZORÍN, *La voluntad*, págs. 851 y 853.

siones que nunca pueden entenderse como demagogia, sino como la explosión de un carácter parco, austero, propio de un hombre tímido, que por un momento ha podido saltar de la inercia que le empuja ahogándole.

Frente a Justina, mujer por la que siente «una simpatía melancólica, más que amor» (6), el escritor nos lo describe callado, silencioso, encerrado en sí mismo, en la tarde del Jueves Santo, cuando los dos van visitando monumentos. Antonio Azorín va gozando con voluptuosidad estética ante el espectáculo del catolicismo trágico de un pueblo tétrico.

Por un momento, en el mismo pasaje de la novela, mientras recorren la ancha calle, se nos dice que hablan, que mantienen un diálogo entrecortado de largos silencios, pero nunca sabremos nada de lo que se han dicho. Y un poco más adelante se hace saber al lector que ha llegado el instante de la despedida definitiva. «Y se ha realizado todo sin frases expresas, sin palabras terminantes, sin repeticiones enojosas... en alusiones lejanas, casi presentimientos, en este diálogo instintivo y silencioso de dos almas que se sienten y que apenas necesitan incoar una palabra, esbozar un gesto» (7). Justina, poco tiempo después, ingresa en un convento.

En el capítulo XVI de la primera parte de la novela asistimos a la visita que hacen el maestro Yuste y Antonio Azorín al padre Lasalde, rector del colegio de Escolapios. El capítulo, tras una introducción en la que se nos analiza el carácter del padre Lasalde, discurre dialogado. En todo lo que se nos presenta, Azorín sólo interviene dos veces; la primera es para asentir lo que dice el rector, la segunda es para permitirse una opinión cuyo sentido tiene que ser completado por el maestro Yuste.

En este capítulo, mejor que en ningún otro, nos queda bien patente la técnica que utiliza el escritor Martínez Ruiz para presentarnos a su protagonista. Vemos el mundo que le rodea y conocemos las ideas que circulan en su derredor, pero para llegar a él tenemos que ahondar nuestra mirada, muchas veces ayudados de la imaginación, para encontrarle detrás, en el silencio.

En la segunda parte de la novela, Azorín, a raíz de la muerte de Justina, marchó a Madrid donde su pesimismo instintivo se fortaleció a la par que su voluntad terminó de disgregarse ante el espectáculo de miseria y de vanidades que le ofrecía la capital. Azorín en Madrid lo intentó todo; fue periodista revolucionario, tuvo la humorada de escribir en los periódicos reaccionarios, aprendió a odiar la frivolidad de los políticos...

Cuando le encontramos, Antonio Azorín ya no es un mozo, es un hombre con diez años más de continua lucha y de continuos fracasos y desengaños.

(6) AZORÍN, *La voluntad*, pág. 866.

(7) AZORÍN, *La voluntad*, pág. 867.

En esta segunda parte su carácter silencioso se hace aún más completo. Cuando va a visitar al padre Lasalde, que es rector del Noviciado que los Escolapios tienen en Getafe, de su boca no sale ni una palabra. Más adelante, cuando acude a casa de «el Anciano», Pi y Margall, se mantiene igual, en silencio, mientras escucha las largas disertaciones sobre Comte y el positivismo que con su vocecilla atiplada le dedica. Y con Enrique Olaiz, Pío Baroja, ocurre otro tanto.

Las únicas palabras dialogadas de Antonio Azorín en esta parte son para rendir homenaje a Larra. «Un hombre raro... y legendario» (8). También hemos de reseñar una especial situación que hace que Antonio Azorín rompa en una serie de exclamaciones. Al igual que ocurre en la primera parte cuando abre su mutimos tras la lectura de la carta de Tolstoi, ahora bien, aquí está solo, sentado en el café de Revuelta en Toledo, a donde ha ido a buscar el espíritu castellano, la fuerza de sus antepasados. En esta parte el escritor nos da a conocer con frecuencia el pensamiento del personaje.

Aquí, sentado en aquel café, acompañándose de algunas copas de aguardiente, Azorín ha recorrido el arte castellano, ha pensado sobre el paisaje español, sobre su literatura, sobre sus hombres... y se ha sentido abrumado, derrotado. «Sí —piensa—, este espíritu jovial y fuerte, placentero y fecundo, se ha perdido... (Se refiere a la literatura del Arcipreste de Hita). Estos pueblos tétricos y católicos no pueden producir más que hombres que hacen cada hora del día la misma cosa, y mujeres vestidas de negro y que no se lavan. Yo no podría vivir en un pueblo como éste; mi espíritu inquieto se ahogaría en este ambiente de frescura, de uniformidad, de monotonía eterna... ¡Esto es estúpido! La austeridad castellana y católica agobia a esta pobre raza paralítica. Todo es pobre, todo es opaco, todo es medido. Aun los que se llaman demagogos son en el fondo unos desdichados reaccionarios. No creen en un dogma religioso, pero conservan la misma moral, la misma estética, la misma economía de la religión que rechazan... Hay que romper la vieja tabla de valores morales, como decía Nietzsche» (9).

Y la máquina decadente de pensar en que se ha convertido su cerebro abre sus compuertas impulsando a un acto grotesco y desequilibrado. Azorín se puso de pie y grito: «¡Viva la Imagen! ¡Viva el Error! ¡Viva lo Inmoral!», y salió con ademán soberbio del café.

Antonio Azorín, cuando decidió marcharse de Madrid, se encaminó hacia Yecla, ¿pero dónde se encaminaba intelectual y éticamente?, su desconcierto era mayor cada día.

(8) AZORÍN, *La voluntad*, pág. 950.

(9) AZORÍN, *La voluntad*, págs. 928-929.

En la tercera parte del libro, compuesta por fragmentos sueltos, escritos a ratos perdidos por Azorín, asistimos a su vuelta a Yecla con el enfrentamiento de un mundo que había quedado en el recuerdo pero que continúa palpitando su alertagada vida, y su encuentro con una mujer por la que antes se había sentido instintivamente atraído: Iluminada.

Iluminada, cuando aparece en la primera parte de la novela nos es descrita así, como «una muchacha inteligente, vivaz, autoritaria, imperativa. Que habla resueltamente, y su cuerpo todo joven y fuerte, vibra de energía cada vez que pone su empeño en algo. Iluminada es un genial ejemplar de una voluntad espontánea y libre: sus observaciones serán decisivas, y sus gustos, órdenes» (10).

Ya entonces Antonio Azorín experimentaba cierto encanto charlando con ella y se complacía en ver sus gestos, su erguirse gallardo, observando como pasaban por ella las simpatías extremas, los caprichos fugitivos, los desprecios

En la tercera parte Antonio Azorín nos relata como se presenta en «El Pulpillo»: «Oigo ruido en el piso alto: suena un portazo; una canción rasga los aires... y yo me estremezco de pies a cabeza. ¡Es Iluminada!... Me levanto. Iluminada aparece en la puerta. Ella se pone roja y yo me pongo pálido. Ella avanza erguida e imperiosa: yo permanezco inmóvil y silencioso. Al aparecer en la puerta la he visto cómo vacilaba, sorprendida, temerosa, durante un segundo: pero ahora ya es la de siempre y la veo ante mí fuerte y jovial.

Iluminada me mira fijamente a los ojos y me pregunta un poco irónica:

—¿Ya has venido, Antonio?

—Sí, sí —contesto yo como un perfecto idiota—: ya estoy aquí.

Iluminada observa mi traje negro, la ancha cinta negra del monóculo, mi negra corbata 1830, que da vueltas y vueltas al alto cuello y en la que una esmeralda reluce vivamente. Luego me pone sosegadamente la mano en la cabeza y dice:

—Tienes el pelo muy largo.

—Sí, sí —contesto yo: tengo el pelo muy largo.

Y callamos un instante. Un instante durante el cual ella continúa repasando mi indumentaria genial, mientras en sus labios se dibuja una sonrisa irónica.

—No me has escrito, Antonio —dice ella frotando con la yema del dedo índice la esmeralda de mi corbata—.

—Es verdad... —digo yo tontamente—, no te he escrito.

(10) AZORÍN, *La voluntad*, págs. 847-848.

Entonces ella me pone las manos sobre los hombros y me hace sentar en el banco con un vigoroso impulso, mientras grita:

—¡Eres un majadero, Antonio!

Y ríe jovialmente en una estrepitosa carcajada» (11).

Estas son las palabras que cruza Azorín con Iluminada, cuatro balbuceos temblorosos, pero suficientes para que sepamos que se ha dejado arrastrar por la personalidad absorbente de aquella mujer que la vida le imponía y ante la que, a sabiendas, ha de diluirse lo que de personalidad intelectual y reflexiva llevaba en sí.

Esta es la exposición de la manera con que José Martínez Ruiz nos presenta a su héroe Antonio Azorín, siempre desde el silencio. Un personaje que viene a ser el símbolo de toda una generación sin voluntad para vencer la adversidad, sin fuerza para imponerse, siempre indecisa para tomar una determinación. Antonio Azorín se nos presenta así, con palabras que parecen ruidos esquivos nacidos en la penumbra.

(11) Azorín, *La voluntad*, págs. 977-978.